



Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla

Lectura Espiritual Diaria



Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



OBJETIVO: Reflexionar en cada una de las lecturas espirituales basándote en lo que en este tiempo vives como joven desde tu contexto familiar, social o espiritual y de qué manera se refleja en tu vida de tal manera que puedas observar o sentir la presencia de Dios en tu vida.

Pasos a seguir:

1. Establece un horario fijo por día para realizar la lectura espiritual en un lugar donde te encuentres tranquil@ y preparado como un espacio para tu desierto en coordinación con tu grupo salla.
2. Puedes escuchar la música que se te sugiere en cada lectura con tus audífonos para evitar que te distraigas con ruidos propios del espacio que elegiste.
3. Al hacer la lectura espiritual ve subrayando lo que más te haya inspirado o conectado con tu vivir en este tiempo de recogimiento en casa viviendo la Semana Santa en familia.
4. Responder a las preguntas que se hacen en algunas de las lecturas para compartir posteriormente en familia y/o tu grupo apostólico y fraternidad.
5. Junto con tus compañeros de fraternidad o en grupo salla organiza una videollamada en un horario fijo para todos donde cada uno exponga su reflexión y concluyan con una frase donde cada uno lo publicará en sus cuentas de redes sociales.
4. Para participar a nivel distrital sigue, comparte y difunde las frases resultado de las reflexiones en frater o grupo etiquetando en:



twitter.com/DeLaSalleMexNte



facebook.com/DeLaSalleMexicoNorte



instagram.com/DeLaSalleMexNte

5. Etiqueta tu grupo salla en cada una de ellas y tus redes sociales agregando también el #MisionerosDesdeCasa

¡Conéctate y únete a las actividades

Pastoral Infantil, Juvenil y Vocacional
Distrito Lasallista México Norte

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Domingo de Ramos

5 ABRIL



<https://open.spotify.com/track/7p8KSBP8m6ssa9f91XPCg7?si=md0EjKdrTmKjoQ156-YdUg>

TESTIGOS DEL SEÑOR JESÚS ENRIQUE PONCE DE LEÓN CENTURIÓN

FÉ

Acabo de llegar a este pueblo miserable de pescadores, a la orilla de un pequeño lago; se llama Cafarnaúm, me nombró centurión Poncio Pilato. No se si lo hizo para deshacerse de mí o para hacerme un favor.

Llevo varias semanas en Judea, país habitado por fanáticos israelitas, dominados por nosotros los romanos desde hace casi 100 años. El clima es insoportable, y la gente, ruda y hostil. Por lo menos galilea es una región mucho mas hermosa y tranquila. Pilato, que casi todo el año se la pasa en la orilla del mar en Cesare, me dijo que me pusiera a las ordenes de Herodes. Al tetrarca lo reconocí en roma hace poco cuando se trajo a la mujer de su hermano Filipo: Herodías, es un canalla. Su arma principal es la adulación al Cesar. Trataré, como buen soldado, de adaptarme a las circunstancias.

Me vine con mi familia y con mi fiel siervo Claudio. Le di la libertad hace años, pero el insistió en acompañarme hasta este oscuro rincón del mundo. Más que un criado, es un amigo, un viejo amigo.

Algunos niños están jugando con mi casco de centurión mientras las mamás ríen divertidas. Me he ganado buenos amigos entre el pueblo y con frecuencia, me llevan a regalar de sus mejores pescados. Trato de ser justo y fomentar la paz en la población.

Su Dios me inquieta mucho, es poderoso, pero afirman, que también es bueno y justo. Hoy me reuní con los principales del pueblo y les dije que quería cooperar para que construyeran su templo, pues no es bueno que ese dios no tenga un lugar donde habitar. Me agradecieron mucho y aceptaron con gusto, pero me dijeron que su dios habita en todas partes y se le da culto en especial en el templo de Jerusalén.

Hubo una revuelta en la Sinagoga: un paisano que se dice profeta fue expulsado a golpes del pueblo. Creo que ese hombre se llama Jesús.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Pues ese tal Jesús se vino a vivir aquí al pueblo, a la casa de uno de los pescadores mas importantes llamado Simón. Dos o tres veces nos hemos cruzado por las calles. Me impresiono mucho su mirada, jamás había visto tanta bondad y profundidad en la mirada de un hombre. Sin duda este hombre es un santo.

Claudio mi siervo, hoy no se pudo levantar de su lecho. Me dijo que tiene entumecidas las piernas y no las puede mover. Su mirada era de dolor inmenso. Mande un pelotón a que trajera los mejores médicos de Jerusalén. Haría por Claudio cualquier cosa.

No me he separado de su lecho. Me duele mucho verlo sufrir así. Claudio siempre ah sido muy fiel conmigo y yo siempre estaré con el hasta el fin.

Me dijeron que Jesús, ese hombre santo acaba de llegar a Cafarnaúm. La esperanza renació en mi, ¿Si le pidiera que curara a Claudio? Pero eso es imposible. Se que Jesús hace milagros, pero solo a los suyos, jamás a un pagano, como los israelitas me llaman. Un hombre santo no se atrevería a entrar a casa de un romano, lo se. Pero...

¡Ya viene hacia acá! Me atreví y envié a los principales del pueblo porque le pidieran que curara a mi criado. ¡Y el accedió!

Pero, no puede ser ¡Yo no soy digno de que entre en mi casa!, debo de apresurarme y mandaré a unos amigos que se lo digan.

Yo no soy digno de que entres en mi casa, por eso no me he atrevido a presentarme directamente a ti; pero basta una palabra tuya, para que mi criado quedó sano. Porque yo, que no soy más que subalterno, tengo a soldados a mis ordenes y si digo a uno de ellos: ve, él va; y a otro, ven, él viene; y a mi criado, haz esto, y él lo hace.

A los pocos minutos Claudio abrió los ojos y me sonrió. Inmediatamente se incorporo del lecho y ante mis ojos asombrados se puso de mío ¡Estaba curado!

Cuando llegaron mis amigos traían un recado de Jesús:

Que en todo Israel no había encontrado una fe tan grande como la mía. No supe qué decir.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Lunes Santo

6 ABRIL



https://open.spotify.com/track/0zBe6Xu4ggrp9ycQQ3ccCX?si=a_oW79lbRaqEcPSG5Un_WA

EL ENCUENTRO CON JESÚS CAMBIA LA VIDA

El corazón del hombre no puede vivir “sin un dueño”. Cuando el corazón anda de ídolo en ídolo, de cosa en cosa, de dependencia en dependencia, al final se siente vacío, desgastado, perdido y solo. El corazón duele cuando no lo llena quien es la medida de nuestro corazón: Dios.

Al corazón no se le puede mentir. No se le puede enmascarar. No va en juegos de mentira. Al corazón se llega si razones, sin manejos; se llega por la intuición. El corazón sufre cuando es maltratado, golpeado por una vida vivida “sin corazón”. Al corazón no se le engaña dándole a beber “aguas contaminadas, aguas sucias”. Le gusta el agua limpia, el agua fresca y pura. Al corazón no le van los postizos, no le cuadran los disfraces. Porque el corazón del hombre lo creó Dios, salió de sus manos, tiene su marca, su sello, su hechura. Y nada los satisface sino el mismo Dios.

El corazón es lo profundo, lo hondo, lo interior del hombre. Es lo oculto, lo entrañable, lo secreto y escondido. El corazón es el hombre mismo. Por eso, al corazón se llega “bajando”, peregrinando, ahondando, interiorizando, tocando el fondo. El corazón es como un pozo profundo. En el fondo está su vida, su manantial, su “agua viva”. Esa agua que Jesús enseñó a buscar y a beber a una mujer perdida, de corazón vacío. Su nombre no es conocido. Su pueblo se llama: Samaria. Y el lugar donde Jesús la encontró con su CANTARO VACIO (su corazón) es Sicar.

Jesús, cansado del camino, está sentado en el brocal del pozo. Es mediodía. El sol castiga con su calor y la sed se agudiza. Está solo y en silencio. ¿Espera a alguien? Sus discípulos buscan alimento para el almuerzo. Jesús tiene otra hambre, otra sed.

Sola también viene por el camino una mujer. Cansada de “su camino”, de su vida rota. Viene con su cántaro de barro. Con su frágil vida pronta a ser quebrada. Ella busca agua. Jesús, la busca. Ella no esperaba encontrarse con nadie. Jesús, la esperaba. Ella es mujer “de cinco maridos”. Jesús es hombre de una única fidelidad a Dios, su Padre. Ella viene cerrada, enconchada, vallada. Jesús la espera abierto, acogedor, amigo. Dos mundos se enfrentan. Es la luz y la tiniebla. Es la libertad y la opresión. Es el pecado y la gracia. Él ha venido para “hacer encuentro” con el pecador y sanar al enfermo. Su nombre dice “Dios-salva”.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Jesús rompe el silencio y pide de beber. Es como hacerle una invitación a hacer las paces a romper la vieja enemistad de dos pueblos, a reconciliarse. Y la mujer dice que no. Jesús la desafía a que haga un esfuerzo por acercarse, por saber quién es él. Jesús le pide que “conozca el don de Dios”. Jesús quiere encontrarse con ella y darle para su cántaro vacío (su corazón) lo más profundo: su amor, su vida, su Espíritu. ¿Será ella capaz de ir más allá de los pasos monótonos del camino que hace cada día? ¿Será capaz de soñar, de utopías? Duro su corazón. Enfermo y confuso su corazón. Lleno de conflictos y tensiones su corazón. Salpicado por la duda y la desconfianza su corazón. ¿Pero aún tiene la mujer corazón?

Dos aguas se enfrentan. La que no quita la sed. La que se acaba siempre. La de las cosas terrenas, la de lo material, lo consumido, lo que no dura. El agua contaminada del placer, del tener, del parecer. El agua contaminada de la superficialidad, del pasarla bien, del divertirse sin más.

El agua contaminada del hastío, la náusea, el asco, el aburrimiento, la incomunicación, la soledad. Y el “agua limpia” de las cosas de arriba, la del Espíritu. El agua pura de la verdad y transparencia, de la belleza y libertad, del amor y la alegría. El agua pura de la paz y serenidad, del perdón y la misericordia. El agua limpia del Reino. El agua que corre y la que está estancada. El agua que huele y la que sabe a limpio. El agua que llena el corazón de vida y el agua que genera muerte. Jesús pone a la mujer en situación de decidirse, de optar.

Optar por el “cántaro vacío” que ella lleva, o “Jesús mismo” como manantial que salta hasta la vida eterna. La mujer no duda más. Ya no quiere “su agua”, sino “el agua de Jesús”. Está cansada del camino, de su camino, y prefiere no volver a mediodía al pozo de Jacob. Ha aprendido de Jesús a pedir: “Dame de beber”. Ella ahora pide: “Dame, Señor, de esa agua”.

Es la hora de la verdad. Porque acercarse a Jesús exige sinceridad de corazón, juego limpio, transparencia. Jesús le pide a la mujer que deje de jugar al carnaval, que no huya de sí misma, que se enfrente con su realidad, con su historia. Le pide ir a sus raíces, a su pobre barro, a su corazón vacío. Y ni siquiera puede llamar a su marido porque no lo tiene. Ha jugado con muchos hombres y ninguno se ha quedado en su corazón. Ninguno permanece fiel en su corazón. Está sola. El desorden, el placer, el pecado, la han dejado sola. Pero la mujer es sincera y nada oculta a Jesús. Es sucia y limpia en su corazón. Aún dentro de su pecado ella lo reconoce, se humilla y Jesús la levanta. Y la mujer lo descubre como profeta.

Se ha encontrado con un HOMBRE diferente a los que ella ha tratado. Un Hombre que tiene más profundidad que el pozo Sicar. Un Hombre que habla de corazón a corazón y no de piel a piel. Un Hombre que comprende, acoge, comunica. Descubre la mujer que este Hombre diferente es en el hondo de su ser lo que ella en definitiva buscaba. Este Hombre, que es más limpio y puro que el agua del manantial, más transparente y verdadero que la luz del sol de mediodía. Y la mujer se abre

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



a la trascendencia, a lo absoluto, a lo definitivo, a lo que llena, quita la sed y da sentido. La mujer se abre a Dios.

Y Jesús la aclara. Jesús la acerca a Dios vivo. Jesús le dice que a Dios hay que “adorarlo en espíritu y en verdad”. En espíritu, desde lo profundo del corazón. En Espíritu, desde “el don de Dios”, el Espíritu Santo. Y en verdad, desde su realidad, desde su historia, desde su pecado. Y en verdad, desde el Enviado de Dios, desde el Mesías que tiene delante, que es “Camino, Verdad y Vida”. La mujer va aprendiendo en la escuela del Maestro, que ya no se siente cansado. Y ella se ha olvidado de su cántaro, porque en el corazón le va brotando un río de agua viva. Se siente lavada, purificada, libre. Se siente salvada.

Es el momento del encuentro con Jesús. Y es el momento del camino de vida. La Buena Nueva de su Evangelio ha llenado de alegría y gozo su corazón. Ella ha devorado las Palabras de Jesús. Y la Palabra de Jesús le ha devorado a ella el corazón. Ahora siente que su corazón “ya tiene dueño”. Siente que ya no necesita más juego con los hombres sucios y egoístas. Siente que el cántaro de barro se le ha quebrado y que su corazón se ha convertido en vasija auténtica.

Ahora siente un gozo y paz en el alma que no cambia por los roces, cuerpo a cuerpo, en busca de un placer pasajero. Ahora se da cuenta de que su vida tiene sentido, de que su vida sabe a agua limpia y fresca. Sin querer, siente que sus mejillas están mojadas por las lágrimas. Libre, bien libre está todo su ser. Y sin darse cuenta se pone en camino del pueblo. Algo nuevo tiene que compartir con sus vecinos. Algo que le brota desde dentro.

Increíble. Ha conseguido levantar de la mesa a todo el pueblo. Ella, la mujer de los cinco maridos y sin dueño en su corazón. Ella, la mujer del cántaro vacío y siempre en busca de satisfacer su sed. Ella, la mujer gastada y perdida. Pero ahora sus ojos brillan de luz y pureza. Pero ahora su rostro luce una belleza especial, única. Pero ahora su voz lleva acento limpio y cargado de convicción. Ahora ella es una mujer diferente. Mujer nueva. Mujer regenerada. Mujer limpia y feliz. Mujer profunda y cercana. Mujer fuerte. Y se los lleva a todos. “Vengan a ver a un Hombre”... les ha dicho. Y los arrastra, los conduce a las aguas tranquilas. Y el pueblo se encuentra con el auténtico descendiente de su padre Jacob. Con el auténtico Israel que ha peleado con lo viejo y lo ha hecho nuevo; que ha peleado con la promesa y la ha hecho realidad.

Es mediodía largo. Y Jesús ha dejado el pozo. Por el camino hacia el pueblo ha visto los campos ya maduros para la siega. En su corazón ha dicho a su Padre. “Oh Dios, Padre bueno, gracias por esta mujer pecadora y sincera que has puesto en mi camino. Gracias porque ella me ha encontrado y ahora me conduce a su casa, a los suyos. Padre, me quiero quedar con estas gentes sencillas. Para ellos me has enviado. Padre, haz brotar en sus corazones borboteos de agua viva. Apaga su sed. Fecunda sus campos. Rocía sus mañanas y empapa sus atardeceres. Oh Padre, ya no



Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



estoy cansado. Me quedo con ellos porque atardece y el día va de camino. Quiero ser para ellos Liberador. Y dejar en la palma de sus manos que yo soy el Salvador del mundo”.

El camino. El pozo. El agua y el sol. El cántaro y el manantial. El encuentro. El cansancio y el gozo. La Palabra y el corazón. Lo limpio y lo sucio. Lo superficial y lo profundo. Jesús y la samaritana. Dos corazones encontrados y una vida nueva. ¡El cambio!

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Martes Santo

7 ABRIL



<https://open.spotify.com/track/2ORT42xQNKCKIEzIIqxbEv?si=s4sRSN-dRIy0taHhqcC3ZA>

LA EXPERIENCIA DE JESÚS NECESITA SER COMPARTIDA

Tiene la mirada limpia y recia. La tez, bronceada por los aires y soles del desierto. Su pelo y su barba nunca sintieron el corte de la navaja. Es alto y fuerte. Tiene la voz ronca y la comunica llena de fuerza y convicción. Es extraño y diferente a todos. Atrae, inquieta, interroga. Se llama Juan y le dicen “el Bautista”, aquel que hace sumergir en el agua para reconocerse pecador y salir con ganas sinceras de cambio de vida. ¿Sería al mediodía?

Ha puesto los ojos en Jesús que pasaba. Y a dos de sus discípulos les ha dicho: “Este es el cordero de Dios”.

No sé qué tendría Jesús; no sé qué brisa suave dejó al pasar; no sé qué aroma derramó a su paso, que los dos discípulos de Juan se ponen en camino. Es el momento de seguir creciendo. Es el momento de dejar la comunidad de Juan e iniciar la del Hombre único y fascinante que se llama Jesús. Juan el Bautista siente pena de no poder seguir a Jesús. Su misión era la de indicar el camino. Su misión termina aquí, donde comienza la de Jesús. Y siente alegría al ver cómo dos de su comunidad son los primeros en seguir a Jesús. Juan sabía muy bien que “era preciso que El creciese y que Juan disminuyese”.

El corazón de Juan siente el aleteo gozoso del Espíritu y salta de alegría, como hace treinta años, cuando Jesús y Juan se encontraron frente a frente, en Ain-Karim en el abrazo tierno y profundo de María e Isabel. Juan dice:

“Oh Dios; Dios de nuestros padres, tú pusiste en mis manos a estos dos hombres que ahora siguen a tu Hijo; aunque yo me quedo, déjame ir con Él, con el Cordero que quita el pecado del mundo, en la fe, el amor y la esperanza que día a día dejé caer en el corazón joven de Juan y Andrés”

El maestro caminaba a paso ligero. Solo y mirando siempre adelante. ¿Llevaba rumbo? El polvo del camino, que hacía levantar su sandalia, había tocado el manto de Andrés y Juan. Unos pasos más adelante la voz dulce y serena de Jesús toca el corazón de los dos primeros que lo han seguido. Tan sencillo como esto: “¿Qué buscáis?”.

Tan sencillo como esto otro: “Maestro, ¿dónde vives?”.

Y al final del primer encuentro: “Venid y veréis”

Eran las cuatro de la tarde. Aquí deja Jesús la palabra clave: “Buscan”

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Este será el gran reto del seguidor de Jesús. Buscan a Jesús, sean las cuatro de la tarde o las doce de la noche. Buscan a Jesús, sea que el corazón vuele o el corazón esté cansado. Buscar a Jesús, sea que se haya escondido o el cielo esté nublado. Seguir a Jesús es ponerse en actitud de búsqueda. Es llamar por Jesús o gritar por Jesús o dolerse por Jesús. Es querer ver; verlo a pesar de la noche de la fe; verlo hasta quedar ciego de ver. Buscar a Jesús es querer tocar, palpar, sentir, abrazar, poseerlo; poseer “al amor de mi alma”.

Buscar a Jesús es “adolecer, penar y morir”... por AQUEL QUE YO MAS QUIERO. Seguir a Jesús es querer entrar “en su casa”, en su estilo de vida, en su manera de vivir. Seguir a Jesús es compartir sus ideales, sus utopías, sus proyectos, su cruz. Seguir a Jesús es: “irse con Él y quedarse con Él”. Seguir a Jesús es “verlo” y también “oírlo” y también “olerlo”, y también “gustarlo” y también “tocarlo”.

Jesús es alguien; alguien vivo, tremendamente humano y maravillosamente divino. Es alguien con una bella y única personalidad capaz de seducir y fascinar una vida. Jesús arranca a Juan y a Andrés de Juan el Bautista. Y los sitúa en “su vida”. Desde hoy Jesús será el Camino, la Verdad y la Vida para los dos primeros.

¿Qué pasó aquella noche, aquel día? ¿Se pararon las agujas del reloj? Siempre quedó en el corazón del discípulo amado... “las cuatro de la tarde”. ¿Reclinó Juan su rostro sobre el pecho de Jesús como en la última Cena? ¿Se sintió Juan amado hasta llorar de gozo? ¿Sintió que su juventud se llenaba de vida y de cariño hasta estallar en fiesta? ¿Se dijo el joven Juan, en silencio profundo, “esto”; esto era lo que yo buscaba ya nadie me lo quitará? Y Andrés, ¿aprendió en aquella noche que no hay amor más grande que el dar la vida por los amigos? ¿Se enamoró Andrés de la cruz que Jesús le ofreció como signo de su seguimiento? Todo quedó en el silencio del corazón de los jóvenes enamorados. Los dos habían descubierto el “tesoro escondido” y por la alegría que les dio lo vendieron todo para ganarlo TODO.

Juan y Andrés guardaron en su corazón la mirada profunda y serena de Jesús, la Palabra suave y firme de Jesús, los gestos de su rostro y de sus manos; Juan y Andrés guardaron en su silencio profundo “el primer amor”, el más fuerte y limpio que jamás soñaron. Se quedaron sin palabras. Y no supieron ni quisieron contarnos... “el INICIO de la comunidad de Jesús” Ellos fueron la primera llama viva que supieron luego comunicar a otros hombres.

No podían contenerla emoción. La vela de la noche ni les cansó, ni sintieron ganas de dormir contra la mañana. Al despuntar el día corrieron al encuentro de los suyos. Los quemaba la Buena Nueva que ardía en su corazón. Y Andrés quema a Pedro. Y sin rodeo le dice:

“Hemos encontrado al Mesías, al Cristo”. Y no se queda en darle la noticia. Andrés le llevó a Simón hasta Jesús. Ya sabía el camino que llevaba a donde Jesús vivía. Se había prometido en su corazón

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



que no regresaría a su encuentro solo. Y Jesús, lleno de ternura y asombro, “fijó en él su mirada”. Se le quedó mirando a los ojos a Simón. Como el águila sobre la presa. Como el sol del mediodía. Y Simón sintió en la mirada de Jesús un mar más inmenso que el que cada día, como pescador, surcaba. Sintió como que Alguien le decía: “rema mar adentro”

Y era verdad: Jesús lo llamaba por su nombre, lo hacía suyo, lo admitía en la comunidad recién estrenada. Simón nunca olvidó aquellas palabras. Ni la hora. Ni el lugar donde las escuchó:

“Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas.”

Juan, Andrés, Pedro. Ahora, al lado de Jesús, el Hombre de Nazaret, que no sabe pescar, que sabe sólo de carpintería. Ahora, al lado de Jesús, sin barcas, sin redes, sin el lago que ellos tantas veces acariciaron y enfrentaron. Ahora, una vida nueva, un proyecto nuevo, una misión nueva. Todo su mundo, desde ahora, sin cosas, sin casas, sin tierras, sin padre y madre, sin nada. Ahora su mundo es JESÙS. Jesús y basta. Jesús y punto. Jesús y se acabó.

Ahora es Jesús quien llama. Va camino de Galilea. Y se encuentra con Felipe. El de los panes y los peces hasta saciarse. Y le dice sin más: “Sígueme”. Y con Andrés y Pedro, de su misma tierra, se pone en camino. A Felipe no le ha dado tiempo ni para respirar. No pudo ni pensarlo, ni consultar su decisión. La llamada de Jesús es vertiginosa, es audaz, atrevida. Es como un huracán que barre todo a su paso. Es como un torrente que arrastra todo y se lo lleva hendido en sus aguas. Es como el fuego que consume

y se extiende adueñándose de la selva. ¡Es el Señor! Nunca hubo nadie como Él. Nunca nadie tuvo tanta fuerza, tanto poder para llevarse consigo a los hombres. ¡Es el paso de Dios en la historia! Y Felipe se lo cuenta a Natanael. Tremendo. Claro y tajante.

“Hemos encontrado a Aquel de quien Moisés habló en la ley y los profetas: Jesús de Nazaret, hijo de José”. Ni Nazaret, ni José el carpintero son credenciales para Natanael. Y es duro e incrédulo; casi salvaje: “¿De Nazaret puede salir cosa buena?”.

Felipe no va en razones. Ni quiere argumentos para convencerlos de la COSA BUENA que él había encontrado. Y lo reta. Lo desafía a probar, a experimentar, a arriesgar. Lo reta a que por él mismo decida: “ven y ve”. Natanael se pone en camino. Pero antes que él viese a Jesús, Natanael sintió la mirada del Maestro en sus ojos. Jesús le habla: “Este es un verdadero israelita, sin doblez”. Y Natanael se siente conocido, amado por Jesús. Ya no necesita argumentos. Se ha sentido llamado, elegido, mimado por el Señor. Y confiesa:

“Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”.

Luego, Natanael abrió los ojos, limpios y sinceros, y descubrió en Jesús “cosas mayores”. Los cerró, (hay que cerrar los ojos para ver) y comenzó a caminar con los otros en compañía de Jesús.



Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Los momentos decisivos de la vida no se olvidan jamás. La experiencia pura y gozosa del “primer encuentro” con Jesús siempre se quedará en el putero de nuestro reloj. Cuando Jesús entra en una vida, quema. Su llama no puede ser guardada. Necesita ser extendida, llevada, comunicada a otros. La experiencia de Jesús llama luego a ser vivida en comunidad. Porque Jesús es como el agua de manantial que en su pureza y dinamismo busca LIBERTAD. ¿Acaso la fuente no es la vida del manantial desbordado? ¿Acaso el árbol no es la vida en pie de una semilla?

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Miércoles Santo

8 ABRIL



https://open.spotify.com/track/2g5O5gEmifgTDdupx7VMcp?si=vvxBZg6EOGWVE_5tnQW6nA

LA PASIÓN EN CONTEMPLACIONES DE PAPEL JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ EL LAVATORIO

SERVIR

Tres hombres caminan con paso ligero por las angostas callejas de Jerusalén. Se detienen para preguntar por una dirección. Una mujer les indica hacia dónde deben seguir para llegar a la casa que buscan. La ciudad está abarrotada de gente que ha venido para celebrar la Pascua, y todo el mundo parece tener prisa por acabar la jornada. El día ha sido caluroso, y en las calles se cruzan, en abigarrada mezcla, personas y animales que levantan nubes de polvo que hace que les arda la garganta.

Pedro está de buen humor. Tanto que, aunque no se llevan especialmente bien y en ocasiones se miran con recelo, hoy bromea con Santiago mientras se dirigen al punto de encuentro. Le satisface ver que también el otro parece disfrutar de las chanzas. No está mal, para variar. Las últimas semanas están siendo difíciles, y parece haberse instalado entre todos un clima sombrío que demasiado a menudo sume al grupo en algo parecido a la congoja. En ocasiones se descubre pensando con nostalgia en los primeros días de camino con Jesús, cuando lo habitual era recibir parabienes de aquellos a los que el Galileo curaba o ayudaba. Luego todo se empezó a torcer. Llegaban rumores de una conspiración para acabar con Jesús. Día sí y día también, se repetían las noticias inquietantes; los roces entre ellos se convirtieron en motivo de conflicto; y desde hace meses, las susceptibilidades están a flor de piel. Mira de refilón a Judas, que camina sumido en sus propios pensamientos, un poco ajeno a ellos dos.

«¡Basta de tristezas! Hoy no va a ser así», se dice Pedro, mientras sacude la cabeza, determinado a no permitir que nada ni nadie le quite el entusiasmo con que se prepara para celebrar la Pascua.

Después de jornadas de andar de un lado para otro, de dormir a la intemperie, de comer en el camino o en las casas de anfitriones desconocidos, donde siempre parece que todo es solemne o especial, no está mal, para variar, celebrar juntos una comida bajo techo. Cuando Jesús dio instrucciones para preparar la cena en un local de Jerusalén, el júbilo fue general. Todos parecen contentos de poder compartir esa noche. Por hoy no hay que pensar en las autoridades judías, en los conflictos en que se ven envueltos ni en las disputas de los últimos tiempos entre ellos.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Reconocen la casa por las indicaciones recibidas. En la entrada hay una mujer robusta, probablemente la dueña, que nada más verles apunta a la escalera exterior por la que se sube a la segunda planta. Siguen su indicación, para descubrir, al entrar en la habitación, que los demás han llegado. El ambiente general es de excitación y júbilo. Hay risas, movimiento y conversaciones entrecruzadas. La primera mirada de Pedro busca a Jesús, con una mezcla de instinto posesivo y necesidad. Espera que sus ojos se crucen con los del maestro; y cuando lo hacen y Jesús levanta las cejas y le sonríe en un gesto de bienvenida, se queda tranquilo. A veces se siente como si fuera un niño que necesitara la aprobación del otro; y aunque no le gusta, no puede evitarlo. Siente verdadera devoción por Jesús. Le admira desde que le llamó, hace ya tres años, y está seguro de que daría la vida por él.

Se suma a la conversación de Felipe y Natanael, que le reciben con júbilo. De la planta baja suben aromas que le hacen salivar, anticipando el banquete. Huele bien. A carne, pan y especias. La vista se le va hacia los muchachos que preparan las mesas, y advierte que todo está dispuesto para la cena. Al olor del cordero su estómago hambriento protesta, y bajando la voz se lleva una mano a la panza diciéndoles a los otros que hoy no va a dejar restos. De vez en cuando, ve que algún otro, además de él, lanza miradas inquisitivas a Jesús, como esperando que tome la iniciativa de acercarse a la mesa para dar comienzo a la cena. El maestro parece tranquilo, pero Pedro, que le conoce bien, cree adivinar en su semblante indicios de tensión. Sin embargo, por una vez prefiere ser prudente y no preguntar si ocurre algo. Después de todo, ¿para qué estropear el momento?

Jesús, al fin, se mueve. Le siguen y se disponen todos alrededor de la mesa; pero en lugar de comenzar con las bendiciones rituales, el maestro se levanta de nuevo y se dirige a una esquina, ante la mirada intrigada del resto. En el suelo hay un lebrillo de barro y una jarra con agua, preparada para las purificaciones rituales. Los ojos de Pedro se cruzan con los de Juan, que hace una mueca de perplejidad y tampoco parece saber qué quiere hacer el maestro. Cuando se quita la túnica, agarra la jarra y una toalla y se vuelve a ellos, se quedan todos inmóviles, sin saber qué se espera de ellos. ¿Qué hace el maestro como si fuera un criado? ¿Piensa lavarles las manos? Andrés, que es el que está más cerca, le pregunta con un hilillo de voz, como si le asustase hablar de más. Aunque da igual el volumen, pues la conversación entre ambos es perfectamente audible en medio del silencio. Quiere lavarles los pies. Empiezan a objetar todos al tiempo, pero el maestro acalla su protesta con una mirada cortante. Andrés, vacilante, abandona su sitio en la mesa, se sienta en un banquillo y deja que Jesús vierta agua sobre sus pies polvorientos, con expresión de embarazo y evitando mirar a los otros.

Pedro, descolocado, intenta entender de qué va todo aquello. Nervioso, espera que algún otro intervenga. No le gusta ver así al maestro, actuando como un sirviente. Jesús lava los pies del discípulo con mimo. En la sala solo se oye el hilillo de agua que sale de la jarra y cae en el lebrillo, y a lo lejos los ruidos de Jerusalén, que se prepara para la noche. El maestro seca los pies de Andrés con delicadeza, y este se levanta y vuelve a su puesto, reclinándose en uno de los bancos dispuestos alrededor de la mesa. Tras un momento de vacilación, es Leví quien ocupa el lugar del otro. Su

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



rostro brilla con una mezcla de timidez y emoción. Él, el recaudador, el que un día se levantó de su puesto de cobrador de impuestos para seguir a Jesús, se muestra entre abrumado y conmovido por este gesto que conjuga la ternura y la humildad.

El improvisado ritual prosigue, en medio del silencio del grupo: Santiago, Felipe, Bartolomé... Cuando le llega el turno a Judas, es evidente para todos la incomodidad del Iscariote. Aún está reciente el último enfrentamiento en Betania, cuando Judas prorrumpió en gritos indignado por el despilfarro de María al lavar los pies al maestro con un frasco de perfume. ¿Será este gesto de Jesús una forma extraña de responder al más díscolo de sus discípulos?

Pedro no termina de entenderlo y, a medida que se acerca su turno, se va sintiendo entre nervioso y enfadado. ¿Es que con Jesús nada puede ser normal?, refunfuñó para sí. De golpe se le ha pasado el hambre y el buen humor. Así que cuando Jesús le mira, esperando que se siente en el banquillo, se dice que tiene que hacer algo. Por la cabeza se le pasa también la idea de que esta es para él la oportunidad de marcar diferencias con los otros, que han reaccionado con docilidad dejando que Jesús se comporte como una criada, y eso le lleva a reafirmarse en su objeción.

Permanece de pie. «Señor, ¿tú me vas a lavar a mí los pies?» La pregunta es retadora, y todos, que le conocen bien, saben que es su manera de negarse. «Lo que yo hago no lo entiendes ahora, lo entenderás más tarde», responde Jesús mirándolo con calma. Pedro no consigue controlar su irritación. Se enfurece por ese lenguaje que no comprende, y replica con terquedad: «No me lavarás los pies jamás». Los otros les miran con estupor. Pedro, grande y erguido, plantándole cara a Jesús, que, aún inclinado en el suelo, le mira con seriedad. Entonces el maestro deja la jarra, se alza despacio y queda frente al discípulo. «Si no te lavo, no tienes que ver conmigo». Lo dice con una mezcla de pesadumbre y firmeza.

Pedro palidece. Una vez más, siente que se ha equivocado. ¿Nada que ver con él? ¿Si no entiende su vida de otro modo, si es su amigo, su maestro, su guía...! En un instante se le quiebra la voz y aflora en su rostro una angustia que contrasta con el desafío del momento anterior. No le importa rectificar, reconocer que se equivoca – aunque sigue sin entender nada–: «Señor, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza», balbucea, al tiempo que extiende hacia el otro las manos y empieza a agacharse. Jesús le detiene poniendo la mano en su hombro. «No es cuestión de bañarte, ¿no ves que ya estáis limpios?» Pedro no sabe qué pensar. Pero Jesús concluye su frase con una afirmación brutal «...aunque no todos». Pedro se muerde un labio. ¿Quién no está limpio? ¿Qué está diciendo Jesús? Los discípulos se miran, confusos.

Pedro, abrumado, se sienta en el taburete y deja que Jesús le lave los pies. Con delicadeza, con mimo, con ternura. Sentir la mano del amigo limpiándole el polvo le reconforta, pese a lo extraño de la escena. Aún se siente mal y aún resuenan en su cabeza las palabras de Jesús –«... no tienes parte conmigo»–, y tiembla. Sin embargo, al ver al maestro reclinado a sus pies, un destello de comprensión quiere abrirse paso. Otras memorias, palabras sobre el servicio pronunciadas en otros

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



momentos, quieren emerger. Pero las ideas se van, y cuando Jesús termina de secarle los pies, Pedro se apresura a volver a su sitio. Los otros evitan mirarlo.

El sorprendente ritual continúa hasta que el último de los doce está sentado de nuevo. Al fin, Jesús se levanta, se pone el manto, vuelve a la mesa y se reclina en su puesto. Pedro mira hacia abajo, apesadumbrado. Se le han quitado las ganas de cena, de fiesta y de ruido; y los otros, aunque no parecen tan incómodos como él, aún guardan silencio. Es Jesús el que habla primero. «¿Entendéis lo que os he hecho?» Sus ojos se clavan en Pedro. Este alza la vista y le sostiene la mirada, y al no ver en los ojos del amigo reproche ni enfado, se tranquiliza. Jesús continúa entonces: «Vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien. Pues si yo, que soy maestro y señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que hagáis lo que yo hago».

Pedro entiende. De golpe. Como le ocurre siempre. Pasa de la cerrazón a la apertura en un instante. Ahora sí se acuerda de las palabras pronunciadas en otra ocasión: «Los jefes deben servir». O de las diatribas contra los que buscan los puestos de honor en los banquetes. El enfado se disipa, y como le ocurre en los instantes en que se asoma al mundo de su maestro, el júbilo le invade al imaginar lo que sería vivir a su manera: un mundo donde los poderosos no hiciesen de su fortaleza un arma para someter a los débiles o un pedestal desde el que mirar por encima del hombro a los pequeños. Con la misma convicción con que hace unos minutos rehusaba ser servido por el maestro, ahora se imagina a sí mismo inclinado a los pies de otros, de otros más sencillos, más pequeños, más pobres, más enfermos..., y le entusiasma la idea. Esto es lo que le ocurre con Jesús una y otra vez: que le descoloca, le da la vuelta a sus percepciones, le zarandea y, sin saber muy bien cómo, al final termina abriéndole los ojos y llenándole el corazón.

Vuelve a sonreír, mientras Jesús continúa hablando, y Pedro cree advertir un guiño imperceptible en los ojos del maestro dirigido solo a él. «¡Qué granuja...!», piensa con cariño. Y se repantiga en su asiento, sintiendo de nuevo el corazón ligero. Cuando, al fin comienza, a llegar la comida y a servirse el vino, se siente exultante.

II. Poder y servir

La escena del lavatorio es un profundo pórtico para la Pasión. Jesús, con la toalla ceñida a la cintura, postrado para lavar los pies a sus discípulos. Y Pedro, incapaz de comprenderlo, plantando cara. Creo que es fácil ponerse en el lugar de Pedro e intuir que muchos de nosotros, enfrentados a la misma tesitura, nos encontraríamos igualmente incómodos. Es difícil la lógica del servicio –en sus dos vertientes: servir, y dejarse servir. Pero lo más radical del lavatorio es la manera en que una vez más, y ya son varias a lo largo de los evangelios, Jesús vincula servicio y poder. Se trata de una asociación sorprendente.

¿Nos parece que hay contraste entre el Dios Todopoderoso y el Hijo postrado a los pies de sus discípulos? Probablemente, sí. Y quizá sea porque, cuando pensamos en el Todopoderoso nos

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



imaginamos a un Dios enorme, tremendo, en algún cielo desde el que determina todo lo que ocurre. Lo interesante es que no hay tal contraste, sino una concreción: el poder se ejerce en el amor que sirve. El Todopoderoso se muestra en todo su esplendor postrado, con la toalla en las manos, secando con delicadeza los pies de los suyos y diciendo: «Haced vosotros lo mismo».

Estaría bien una sociedad en la que el poder fuera, de verdad, utilizado para el bien de los otros. Especialmente de los otros más frágiles, más vulnerables y heridos. Al hacer esta afirmación, inmediatamente podemos pensar en los poderosos, hombres y mujeres que ocupan puestos de responsabilidad, que tienen en las puertas de sus despachos placas con su nombre grabado y que son atendidos con deferencia allá donde se encuentran. Podemos pensar en listados como los que saca la revista «Forbes», año tras año, mostrando quién es más influyente, más rico o más popular. Pero también es importante reconocer que el poder es más accesible, más sutil y más presente. Que todos y cada uno de nosotros somos poderosos y a menudo tenemos muchos más recursos y capacidades de los que pensamos.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Jueves Santo

9 ABRIL



<https://open.spotify.com/track/65f5OKz6qpmvZ3MiU9t7Ty?si=H93NMIVeSvO2MKFonl-Y1Q>

LA PASIÓN EN CONTEMPLACIONES DE PAPEL JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ LA ÚLTIMA CENA

LA CENA

SE disponen a cantar los salmos de alabanza para concluir la cena. «*Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor...*» comienza la recitación, lenta, tranquila.

Leví está contento. El vino, la camaradería, la conversación, el poder celebrar juntos... Todo le ronda. No se puede negar que ha sido una cena extraña. Con Jesús siempre es así, se dice el discípulo. ¡Qué sorprendente es el maestro!, piensa, mientras rememora el día en que lo conoció, cuando él se acercó a su puesto de recaudador de impuestos y le llamó con una sola palabra: «Sígueme». ¡Y vaya si le siguió...! Con los ojos cerrados y el corazón agradecido. Esa invitación le ayudó a salir del abismo de soledad, culpa y rechazo en que se encontraba. Y desde entonces se ha sentido parte de este grupo, esta extraña familia forjada a su alrededor. Hombres rudos, mujeres heridas, pescadores, madres de familia, enfermos que han recobrado la salud, jóvenes soñadores, prostitutas, gente acomodada que ha abandonado sus seguridades, y otros como él, excluidos pero acogidos sin reproche ni exigencia.

Pasa la mirada por la habitación y salta de un rostro a otro, mientras todos recitan la salmodia. «*De la salida del sol hasta el ocaso, alabado sea el nombre del Señor...*» Las voces van juntándose y, aunque han empezado vacilantes, desafinadas y un poco a destiempo, encuentran el ritmo común, y parece que es una única voz la que proclama estos cantos de alabanza y gratitud. Felipe, Bartolomé, Andrés... Con la luz de las velas, los rostros adquieren un tono rojizo y las pupilas brillantes reflejan emoción.

Pedro parece contento, se dice Leví. No le sorprende la euforia del que, entre ellos, es el líder. Pedro es como un río impetuoso. Tan pronto se entusiasma como se enfada. Al comienzo de la cena parecería que se iba a desmoronar, cuando Jesús le reprendió por no dejarse lavar los pies, y sin

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



embargo después aceptó el reproche y pareció feliz. Luego se ha enzarzado con Jesús en otra discusión sobre si sería o no capaz de negarle y, desafiante, ha proclamado que jamás dará la espalda a su maestro. Leví le cree. ¿Cómo va a negarle? ¿Quién de ellos podría negarle? No sabe cómo interpretar las palabras de Jesús: «Antes de que cante el gallo me habrás negado tres veces». ¿Será una broma? ¿Otra de esas llamadas de atención de Jesús a Pedro para que no sea tan jactancioso, como cuando le dijo aquello de «Aléjate de mí, Satanás»? Se han quedado un poco encogidos al oírle hablar de negaciones; pero como el propio Pedro ha parecido no hacer demasiado caso, han seguido cenando sin darle más importancia.

Mira el rostro de Juan y no puede evitar sentir envidia al verle tan cercano a Jesús. Juan, casi un muchacho que parece compartir con el maestro una intimidad que los demás no tienen. Una familiaridad que se expresa en bromas, en gestos o en la confianza con que, hace un rato, reclinaba su cabeza en el pecho de Jesús, como si fueran amigos de toda la vida. Es fácil entender esa cercanía. Juan es cordial, dicharachero y se lleva bien con todos. Pero al mismo tiempo es profundo, reflexivo y atinado en sus percepciones. Sabe decir la palabra oportuna y en los momentos difíciles mantiene una serenidad que se contagia a todos. Incluso ahora, cuando recita los salmos, lo hace con una unción que resulta admirable. Sí, piensa Leví, Juan le cae muy bien, y no le extraña que a Jesús también.

Al llegar al hueco que ha dejado Judas al partir, Leví siente un escalofrío. ¿Qué significa la ausencia del Iscariote? No puede evitar pensar en las palabras de Jesús: «Uno de vosotros me va a traicionar»... Cuando lo dijo, se hizo un silencio sepulcral en la estancia. Todos se miraron, heridos. Leví mismo, en ese momento, se preguntó con vértigo: ¿Seré yo? Lo pensó con miedo, con vergüenza, con un punto de desesperación. ¿Acaso piensa el maestro que puede traicionarle, después de lo que ha hecho por él? ¡Jamás. Jamás! Pero, por otra parte, su propia historia le señala como un traidor a su pueblo. ¿Tendrá que cargar siempre con esa memoria, con esa marca maldita? ¿Qué pensarán los demás? Es consciente de que no es el único en dudar de sí mismo. Ante las palabras de Jesús hubo más expresiones que oscilaban entre el dolor y el temor. «¿Seré yo, maestro?» Algunos lo preguntaron en voz alta, compungidos..., pero Jesús ni afirmó ni negó. Varios, sin disimulo, se volvieron con ojos acusadores hacia Judas, pues no en vano llevaba meses distante e irritado. Pero el Iscariote siguió comiendo, impertérrito, mojando el pan en el vino como si la cosa no fuera con él. Leví se dice que Judas es muy impulsivo, pero eso no significa que sea un traidor. De hecho, siempre discute y lleva la contraria al grupo y, sobre todo, a Jesús; pero ¿no es eso señal de que va con la verdad por delante? Su partida precipitada, levantándose y saliendo de la habitación, dejó flotando en el aire las últimas palabras de Jesús: «Lo que tienes que hacer, hazlo pronto». ¿Qué ha ido a hacer? ¿Algún preparativo para dormir a cubierto? Leví no sabe qué pensar. ¿Es el Iscariote

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



un traidor? ¿Va a venderles? ¿A denunciarlos a las autoridades? Pero Jesús no ha dicho que sea él. Tan solo ha dicho: «uno de vosotros». Por otra parte, el maestro lleva semanas pronosticando conflictos, persecuciones y problemas que no terminan de llegar. A lo mejor esto es solo una forma de hablar. Se siente confundido.

Tomás le da un codazo. Leví descubre una expresión socarrona en su amigo. Se da cuenta de que, perdido en sus divagaciones sobre Judas, ha dejado de cantar, y el otro ha creído que se estaba adormilado por los efectos del vino. El brillo divertido en los ojos de Tomás hace que se disipen sus pensamientos sombríos sobre negaciones, traiciones y otras historias. Es verdad que siempre tiende a quedarse con lo más triste. Porque en realidad la cena ha sido, pese a esos momentos de tensión, bonita y entretenida. Han pasado unas horas de conversación amena, mientras la luz del atardecer iba disipándose, sustituida por el resplandor de las lámparas de aceite. Han contado historias y evocado nombres. Estos tres años juntos han dado lugar a muchos recuerdos compartidos, y la mayoría son recuerdos preciosos. Han cantado, se han tomado el pelo unos a otros, y hasta Tadeo y Simón han bailado con gestos exagerados, jaleados por el vozarrón de Bartolomé y las palmas del resto.

¿Y Jesús? ¡Qué cena tan sorprendente! Leví siente que esta noche Jesús les ha hablado con más franqueza, con más hondura, con más urgencia que nunca. Hoy, más que maestro, ha sido amigo y les ha hecho sentirse amigos... Todos han sido conscientes de que sus palabras tenían más fuerza que de costumbre, que ya es decir... Les ha hablado de amor, de amistad, de servicio... Y ha ocurrido como en otras ocasiones: que al escucharle uno siente que el mundo es un lugar mejor y que Yahveh es un Dios cercano, y lo comprende de una forma que nunca antes había sentido. Esta noche Jesús hablaba, y al oírle Leví vibraba con cada palabra, y el horizonte se ensanchaba, porque cuando Jesús habla así, despierta en él el deseo de ser mejor y la conciencia de ser más digno, más capaz, más querido de lo que nunca se ha sentido.

Jesús ha hecho esta noche un gesto a la vez extraño y solemne. Algo que todavía le sobrecoge y no entiende del todo. Al ir a repartir el pan, lo ha cogido y lo ha troceado con sus manos y les ha dicho algo así como: «Voy a hacer un pacto nuevo con vosotros. Yo soy este pan, que ha de partirse y repartirse». Y luego con el vino, al servirlo en sus vasos: «Yo soy este vino, que se tiene que verter para que muchos lo beban». Pan repartido, vino derramado... Un hombre como Leví, acostumbrado a recolectar y acaparar, entiende bien la fuerza de esa imagen. Ser como pan partido y vino apurado.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Darse. Volcarse para otros. Saciar el hambre y la sed. No comprende bien cuál es el pacto, la alianza de la que habla Jesús; pero siente que esta noche el maestro se ha desnudado delante de ellos más que nunca antes, porque les ha mostrado cómo entiende su vida. En todo el banquete, ese pedazo de pan y ese sorbo de vino han sido más que comida. Muchas veces se han sentado a la mesa con él; pero esta vez era algo especial. Al evocar ese momento se siente impresionado y fuerte.

Canta con más brío: *«Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los nobles, con los nobles de su pueblo, y pone al frente de la casa a la estéril, madre feliz de hijos»*. Piensa que esa entrega, ese darse, ese partirse del que hablaba Jesús tiene que ver con el desvalido, con el pobre, con personas como él mismo, a quien un día levantó de una sima y puso de nuevo en marcha. Siente los ojos brillantes y un nudo en la garganta al mirar a Jesús, y es consciente de que otros parecen igualmente conmovidos. Es su maestro, su amigo, y le quieren. Nada malo le va a ocurrir. Seguro que cualquiera de ellos daría la vida por él. *«Aleluya»*.

La Pasión empezó con una fiesta

Me gusta pensar que la Pasión empezó con una fiesta. A veces hacemos tanto hincapié en lo solemne del momento, en la tragedia en ciernes (que lo es), en lo sublime de la institución de la Eucaristía (que también lo es), o en los conflictos que asomaban en aquel escenario, que es difícil recordar que se juntaron a cenar, a compartir un momento especial de amistad, de encuentro. Y que esa cena puede evocar tantos otros momentos de sentarse con los amigos a celebrar la vida, las memorias, los episodios buenos o los malos. Me gusta imaginar las risas, las bromas de un lado a otro de la mesa, las pequeñas pullas y burlas que son parte de todo grupo donde hay confianza, las conversaciones mezcladas en aquel conjunto. Eran los que habían compartido, de un modo más cercano, tres años de intemperie, de caminos, de aprendizaje, y seguro que traían un buen cargamento de anécdotas, historias y nombres. Como ocurre en las grandes ocasiones, tenía un motivo. El marco, la fiesta de la Pascua; lo más doméstico, el deseo de Jesús de compartir con ellos un momento de intimidad y confianza en ese contexto en el que las circunstancias eran amenazantes y no se sabía lo que podía ocurrir en los días venideros. Jesús, lo vemos una y otra vez en los evangelios, fue un hombre al que le gustaba celebrar la vida. «Amigo de comilones y bebedores» llegaron a llamarle. Alrededor de la mesa, comiendo y conversando con gentes de todo tipo, fue abriendo mentes y corazones, restañando heridas, acogiendo historias. Y en esta última ocasión, cuando juntó a los apóstoles para compartir esta velada, hubo de todo: roces, malentendidos, unas palabras más altas que otras, pero también confianzas, cantos, gestos de camaradería y fraternidad. Es en esta cena donde Juan ubicará un largo discurso de Jesús sobre el



Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



amor y la amistad. Es aquí, en su gesto de partir y repartir el vino y el pan, relacionándolo con su propia persona, donde luego leerán la institución de una nueva alianza. Es bonito pensar en el papel que desempeña la Última Cena en nuestra memoria de la Pasión. Porque es un momento de júbilo, de gozo y de encuentro.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Viernes Santo

10 ABRIL



<https://open.spotify.com/track/68B7xUe42YHo2sf0ZdlG6x?si=F7KR2PcaR1iO9N3Lmm-CGA>

TESTIGOS DEL SEÑOR JESÚS
ENRIQUE PONCE DE LEÓN
EL CIRINEO
EL HOMBRE QUE CARGÓ LA CRUZ

Vivo actualmente en Roma con mi mujer y mis dos hijos. Me llamo Simón. Siempre le he dado las gracias a Dios por la maravillosa mujer que me concedió y por Alejandro y por Rufo que son mi orgullo.

Nacimos en Cirene, una colonia griega, en Libia, cerca de Cartago, al norte de África. Soy, desde luego, judío, hijo de judíos. Ahí me casé y tuvimos dos hijos. Alejandro, el defensor de hombres y Rufo, que es pelirrojo. Cuando ellos llegaron a la adolescencia nos fuimos a Israel. Queríamos que se formaran en la fe de nuestros padres. Afortunadamente los de Cirene tenemos una sinagoga en Jerusalén. Siempre me ha gustado y compré una granja, cerca de la ciudad. Nuestra vida transcurría muy tranquila. Mi mujer, que es muy piadosa, procuraba con esmero, que no faltáramos a la ley de nuestra religión. Hacíamos varias oraciones al día, con toda nuestra familia reunida.

Dios nos ha llenado de bienes espirituales y materiales.

Si, todo marchaba tranquilamente, hasta que una mañana de viernes salí temprano, rumbo a la sinagoga para preparar las celebraciones de Pascua...

-¡Eh, tú!, me gritó el oficial romano, cuando intentaba cruzar una calle en la que conducían a unos malhechores para ser crucificados.

Yo, al principio traté de huir, pero otro soldado me atajó el paso con su lanza.

- ¡Carga el patibulum!- (madero horizontal de la cruz)- me ordenó el oficial. Entonces le quitaron a uno de los reos el madero que le habían impuesto y me lo echaron a los hombros. Protesté, pero un golpe en las costillas, me obligó a aceptar (Mc 15,21; Mt 27,32; Lc 23,26).

Lancé una mirada de furia para al condenado, pero otro golpe me forzó a ponerme en camino, cagando ese infame madero quedaría impuro para la celebración de la Pascua. Era degradante lo que me obligaban hacer.

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Eran tres los reos, dos de ellos si llevaban sus maderos. Yo me puse detrás del tercer reo. Caminaba decidido pero muy débil Lo fui observando y a medida que avanzabamos, fui sintiendo compasión por él. En un momento que se detuvo el cortejo, se volvió y me miró por primera vez. ¡Qué mirada! Me conmovió profundamente. Con sus ojos me dijo que agradecía todo lo que estaba haciendo. Era una mirada limpia, de ninguna manera la de un ladrón, sino la de un hombre santo.

Alguien, entonces, gritó su nombre: *¡Jesús!* Ese nombre se quedaría en clavado en mi corazón para siempre.

Prosiguió la marcha, sin embargo, ya el peso se me hacía mucho más ligero (Mt 11, 29-30). Me acerque más a Jesús y pude verlo mejor. No mostraba ningún temor, sino una paz increíble y una gran nobleza. Al estar tan cerca experimenté su fortaleza y ánimo.

Finalmente llegamos al calvario. Dos de los soldados me quitaron el madero y me dijeron que me largara. Pero no me fui.

No puedo expresar bien lo que sentí en esas horas que estuve ahí. Pero toda mi vida cambiaria al ver a Jesús crucificado.

Sus palabras eran siempre de perdón y de amor. Un grupo de mujeres y un muchacho estaban junto a la cruz. Le alcancé a escuchar algunas palabras; parecía que oraba a Dios y lo llamaba -*¡Padre!*

Cuando murió, sentí un dolor inmenso, como jamás lo había experimentado.

Eso sucedió hace varios años y parece que fue ayer. Le conté todo a mi mujer y los dos buscamos a sus discípulos.

Afirmaban que Dios su Padre, lo había resucitado y que vivía en medio de nosotros. Que es el Mesías prometido para salvarnos (Hch 2, 24 a 41).

Pedro, que así se llamaba uno de sus discípulos, nos habló con tal fuerza que nos conmovió profundamente.

No lo dude y con toda mi familia recibí el bautismo del Señor Jesús.

Poco después vendí mi granja y todo lo que poseía y lo lleve al pie de los apóstoles. (Hch 4, 32 a 35).

Yo, que fuí obligado a cargar con la Cruz, ahora me doy cuenta que seguir a Jesús es la mayor alegría que puede tener alguien. Que la cruz de Jesús siempre da paz y gozo profundo, como a diferencia de las otras cargas que nos imponemos por nuestro egoísmo y que terminan por aplastarnos.



Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Tenía yo que difundir por todas partes, la felicidad que experimentaba. Se presentó la oportunidad cuando un nuevo apóstol llamado Pablo y otros discípulos nos invitaron a ir a Roma.

Todos aceptamos con gusto.

Mi familia va creciendo, y la buena nueva se va extendiendo por todas partes. Pablo, un gran apóstol del Señor Jesús, es como de nuestra propia familia, a mi esposa la ama como si fuera su madre. Y Rufo, mi hijo, es su gran amigo y colaborador (Rom 16-13).

Una mañana acompañé a Jesús hacia la muerte, llevando su Cruz...

Ahora, el resucitado, me conduce hacia la Vida. (Marcos escribe su Evangelio a los cristianos de Roma, lo mismo que Pablo, en su carta a los romanos. Los dos citan a Rufo, que es muy probablemente el hijo de Simón el cirineo).

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Sábado Santo

11 ABRIL



<https://open.spotify.com/track/5zUcwnIsczHgYasPIQLJ0R?si=6wmAjYUwRGmHSIvGzpCbZg>

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

Unimos a Cristo todos nuestros sufrimientos y nos acompaña la Madre de Dios, nuestra Madre. La Madre de Dios llora y sufre la angustia de ver morir a su Hijo en la cruz como la haría cualquier madre.

Lo ha visto coronado de espinas, clavadas en su cabeza y en su frente, dejando su pelo y rostro manchado de una sangre que se coagula y reseca sobre la piel, su espalda que esta desgarrada y abierta por los azotes que le han dado y que cubrieron después, con una túnica púrpura para burlarse de El, dándole bofetadas y escupiéndole...

Sabe que su amadísimo Hijo es humillado y escarnecido y por todo esto...tiene roto el corazón. Después lo ha visto caminar y caer...bajo el peso del madero que lleva sobre sus maltratados hombros y ha visto como le clavan sus amados pies y manos en el madero de la Cruz y, por fin, lo ha visto levantar en alto, y...morir. ¿Podrá haber un dolor más grande?. Lo sabe puro, lo sabe bueno, lo sabe santo....lo sabe Hijo de Dios, y piensa...¡Cuánto debe ser su amor por todos los hombres!.

Y María no comprende ese gran misterio pero acepta, una vez más, porque es la voluntad Dios. Su corazón es traspasado por una espada y su dolor no tiene límites. Así se cumple la profecía de Simeón, cuando viéndola, casi una niña con su Hijo en brazos, el día de la Presentación en el Templo, entre otras cosas le dice a María :- "una espada atravesará tu alma"... y ahora María está de pie junto a la Cruz de Jesús.

En el libro "El silencio de María" nos dice el P. Ignacio Larrañaga:- "Es preciso colocarse en medio de este círculo vital y fatal que unos lamentaban y otros celebraban, ese triste final y en medio de ese remolino, la figura digna y patética de la Madre, aferrada a su fe para no sucumbir emocionalmente, entendiendo algunas cosas, por ejemplo lo de la "espada", vislumbrando confusamente otras....Lo importante no era entender, sino el entregarse. "Padre mío, en tus brazos deposito a mi querido Hijo". Fue el holocausto perfecto, la oblación total.

La Madre adquirió una altura espiritual vertiginosa, nunca fue tan pobre y tan grande, parecía pálida sombra pero al mismo tiempo, tenía la estampa de una reina."

Y San Juan nos dice:- "Habiendo mirado, pues, Jesús a su madre y al discípulo que le amaba, el cual estaba allí, dice a su madre:- "Mujer, ahí tienes a tu hijo".Después dice al discípulo:- " Ahí

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



tienes a tu madre". Fue en ese momento en que la Madre de Jesús se hizo madre de todo el género humano.

Esta mujer dolorosa pero firme al pie de la Cruz nos está diciendo que solo la fe nos dará fuerza para los grandes dolores que la vida nos depare. Y terminamos acompañando a esta Madre Dolorosa con algo muy hermoso escrito por el Cardenal Pironio:-"Señora de la Pascua, Señora de la Cruz y de la Esperanza. Señora del Viernes y del Domingo. Señora de la noche y de la mañana. Señora de todas las partidas, porque eres la Señora del "tránsito" o de la Pascua. Escúchanos: Hoy queremos decirte "muchas gracias". Muchas gracias, Señora por tu Fiat, por tu completa disponibilidad de "esclava". Por tu pobreza y tú silencio. Por tu gozo de las siete espadas. Por el dolor de todas tus partidas, que fueron dando la paz a tantas almas. Por haberte quedado con nosotros a pesar del tiempo y la distancia".

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



Domingo de Pascua

12 ABRIL



<https://open.spotify.com/track/3AIPvYE8UkRj3imrKt0JPF?si=NEO4428jRvm1cFKtd8mBXQ>

ES BUENO ESTARSE A SOLAS CON JESÚS

El corazón sano siente necesidad de soledad y cumbre. El afán de superación lo lleva a buscar sus raíces, a profundizar en su interior, a quedarse a solas con lo esencial. El compromiso duró, el trabajo arduo, la tensión que lleva el servicio del Reino, piden al corazón momentos de paz, de oración, momentos de escucha. El profeta siempre vuelve al lugar de origen: el desierto o la montaña, la montaña, en este caso, como lugar de encuentro con Dios.

Me hace falta la soledad. Me hace falta la serenidad y la calma. Me hace falta la lectura suave y penetrante de la palabra: Me hace falta Dios. Necesito encontrar un clima de oración con Jesús. Mirarlo a los ojos. Sentirlo cercano. Escuchar los latidos de su alma. Saber que está a mi lado y me quiere. Tomar conciencia de que, solamente Él, es capaz de llenar mi vida, de dar sentido a todo mi hacer. Es bueno sentarse a solas, como Pedro, con Jesús. Y estarme con Él en la noche sin pensar en el reloj, ni apurarme con el siguiente compromiso. Hoy todo mi tiempo para este Hombre único: Jesús. Hoy, todo mi tiempo para este Hijo de Dios hecho hombre.

Ha escogido a tres. Se llama Pedro, Santiago y Juan. Los mismos que escogerá el jueves santo. Los quiere cercanos a Él en un momento de luz y de oscuridad. Los quiere forjar en la fe para que sepan caminar cuando todo es bello y cuando todo es feo. Lleva consigo a un monte alto al que un día sería el primero de la Iglesia, la piedra; a quien sería el primer testigo - mártir del crucificado; al discípulo amado, único de los doce al pie de su cruz. El monte es alto. Como alta es la misión que lo espera. La subida es ardua, como ardua es la marcha de la iglesia que ellos tienen que acompañar. Suben en silencio como creando el umbral del encuentro oracional.

Jesús va primero, como siempre, abriendo el camino, porque el suyo no existe. Se quedarán <<a solas>> con Él solo.

No se imaginan lo que les espera. El cansancio, el sudor de la subida, pero dará bien compensado por la sorpresa de la luz. Serán como Moisés, el profeta ardiente, que vió a Dios <<cara a cara>>. Serán como Jacob, que en la noche peleó abrazado del ángel del Señor. Serán como Abraham, que en la montaña del Moria escucho la voz de Dios que le

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



pedía el hijo amado y se lo devolvía para que cumplierse la promesa. Jesús se va a quitar el velo que cubre su rostro y lo van a contemplar en su pureza original. Tan pura, tan clara, tan bella, que el corazón va a temblar de emoción. ¡Suben! Oran, están callados. Miran. Ni pestañean. Ante ellos, Jesús, el maestro, se ha transfigurado. Su rostro brillante como el sol. ¡Es el Sol de la justicia! Sus vestidos blancos como la luz. ¡Él es Luz de Luz! Y sus ojos limpios, como gotas de rocío de un amanecer. ¡Él es la mirada del Padre llena de ternura sobre los hombres!

Sus manos son como alas abiertas de una gaviota que abarcan el mar. ¡Él es el abrazo del Padre lleno de dulzura al hombre perdido y roto! Sus pies son como el relámpago, el viento, la brisa o la nieve que a su paso deja estrellas de pureza. ¡Él es el mensajero que cruza montañas para llevar la Buena Nueva del Padre a la humanidad! ¡Él es el resplandor de la gloria del Padre! Él es el primogénito de toda criatura. Él es alfa y omega. Él es el mismo ayer, hoy y siempre. ¡Él es Jesús!

Ni Moisés ni Elías que acompañan al Maestro consiguen distraer la mirada de Pedro, de Santiago y Juan. Cristo Jesús se ha convertido en el centro de su mirada, en imán que los atrae, en ráfaga que los arrastra, en aliento que los fascina, en fuego que los seduce. Tantos días caminando con Él y nunca tuvieron ojos para verlo.

Como unas escamas pesadas, lo mismo que Saulo en el camino, se le cayeron de los ojos. Han roto al ser humano y han penetrado en el ser divino.

Han sabido leer en lo humano lo divino, y ahora han entendido en lo divino lo humano. En sus corazones se han dicho: ¡Verdaderamente éste es el hijo de Dios! Cuando se han dado cuenta, los ojos los tienen humedecidos. Pedro no aguanta. Un día le dijo: <<Mándame ir a ti>>. Otro: <<Tú eres el Cristo>>. Otro: << ¿A quién iremos? Sólo tienes palabras de vida eterna>>. Otro: <<Aunque todos te fallan, yo no>>. Y otro <<Tú sabes todo, tu sabes que t5e quiero>>. Hoy Pedro le dice: <<Señor, que bueno es estarnos aquí; si quieres hago aquí tres tiendas; una para ti, otra para Moisés y otra para Elías>>. Pedro se había olvidado totalmente de sí mismo. Estaba sumergido en Jesús.

Estaba invadido por su presencia. Jesús le había inundado el corazón. Pedro se sentía transformado por la belleza, la luz, la frescura de Cristo. Pedro saboreaba como un anticipo de la resurrección. En su corazón Pedro oró: << Jesús, Maestro bueno, nos has sorprendido. Valió la pena subir a la montaña. Es bello mirarte así. No, no te empeñes en bajar. Lo de abajo es ruin y grosero. Nos quedamos aquí. Tu casa será nuestra casa; tu morada será nuestra morada; tu cielo será nuestro cielo. No bajes, Jesús que los de abajo no entienden; no bajes, que allá abajo sólo encontrarás problemas; no bajes Jesús que los hombres tenemos los ojos sucios y nunca te veremos. Nos quedamos aquí, Jesús amigo, y seremos contigo felices>> ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Era un sueño o una realidad? ¿Por qué ocultaba su ser más profundo? Pedro quiso hablar de nuevo, pero sintió como una fuerza, un peso superior que caía sobre él. Una nube

Lectura Espiritual Diaria

Misioneros desde Casa
Guía del Grupo Salla



luminosa lo cubrió y ahora no veía a Jesús. Pedro se hizo todo oídos. Oídos para la VOZ que surgía de la nube.

-«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle». La voz se repetía. Pedro, Santiago y Juan sintieron que las Palabras del Padre penetraban su corazón. Y que cada palabra era para ellos como miel que devoraba con ansia; cada palabra era como el gozo y la alegría de su corazón. Los tres sintieron el gozo de saber que Jesús su Maestro era el Hijo amado del Padre. Ya no les importaba pensar que ellos lo amaban. Lo que ahora interesaba era saber que el Padre amaba a Jesús y que Jesús era el «Hijo amado». Pedro volvió a orar:

- «Oh Dios, no se lo que digo ; pero ni alma siente una gran alegría al saber que tu amas a Jesús con tanto cariño. Yo me gozo en el amor que le tienes a tu Hijo. Yo te alabo y te bendigo porque quieres tanto a tu hijo. Mi corazón estalla en fiesta porque Jesús es el todo de tu alma. Oh padre de Jesús.